

## OBRAS DE AYER Y HOY

Biblioteca de la Aventura es una nueva colección de Editorial Edhasa, consagrada a recuperar obras de ese género. La serie empieza con Las cuatro plumas, de A. E. W. Mason, y Capitán Blood, de Rafael Sabatini. Edicions Brau ha creado la Col·lecció Ulysses, sobre literatura de viajes en catalán. Arranca con Sota el cel de Tushita, un relato de Enric Soler.

# ALTAÏR

## CUADERNO DE VIAJES

## PLACER DE CURIOSOS

Los amantes de la historia de la exploración encontrarán una mina repleta de filones en la web [www.wordiq.com/definition/Explorer](http://www.wordiq.com/definition/Explorer). Además de incluir la biografía de más de un centenar de aquellos aventureros que ensancharon el mundo conocido, ofrece multitud de enlaces interesantes hacia temas relacionados con sus hallazgos.

### PERIPECIAS

EN EL OASIS EGIPCIO DE AL FAYUM, CUALQUIER VISITA SE TRANSFORMA EN UNA CAJA DE SORPRESAS CUANDO SE HACE ACOMPAÑADO POR UNA ESCOLTA NO DESEADA

## Una protección engorrosa

Llegué a Al Fayum una mañana de febrero en un minibús procedente de El Cairo. En su interior, viajábamos una quincena de pasajeros, todos egipcios excepto yo. Sin embargo, gracias a que vestía con modestia y me cubría la cabeza con un gorro de lana, nadie se percató de mi condición extranjera en el control policial.

Cargando con mi escaso equipaje, deambulé un buen rato por Medina Al Fayum, capital del oasis del mismo nombre. Mi guía calificaba este lugar como un centro islamista de primer orden, pero nada me daba esa impresión. El porcentaje de hombres barbudos y de mujeres con velo no me parecía más alto que en el resto de Egipto, y tampoco había pintadas, pancartas, ni carteles de propaganda que denotasen una particular militancia política de sus habitantes. Reinaba una calma absoluta.

### DESENMASCARADO

La ciudad, sin embargo, era muy moderna, con un intenso tráfico y escasos atractivos para el visitante, al margen de unas norias en el centro. Decidí buscar un alojamiento donde dejar mis cosas, para moverme por los pueblecitos del palmeral. Alquilé una habitación en el Palace Hotel, pero cuando intenté salir de paseo, supe que mi libertad de movimientos se había terminado. El recepcionista, muy amable, me preguntó:

—¿Desea que lo acompañe un policía para su seguridad?

—No, gracias—respondí convencido—, no hace falta.



**CADA POCO TIEMPO, MI POLICÍA LLAMABA A SUS SUPERIORES Y LOS INFORMABA SOBRE DÓNDE ESTÁBAMOS. NO HABÍA FORMA DE LIBRARME DE ÉL.**

—De todas formas, es preferible. ¿Adónde desea ir usted?

El policía me esperaba ya en la puerta y no había forma de librarme de él, pues cumplía órdenes. Cada poco tiempo, llamaba por radio para indicar nuestra situación y adónde nos dirigiáramos. Sentí una gran compasión por esas personas que no pueden mover un dedo sin su séquito de guardaespaldas.

Un minibús nos condujo hasta la orilla del lago Karun, donde me senté a comer pescado en la terraza de un restaurante. Mi ángel de la guarda no quiso compartir la comida, por más que lo invité. Ni siquiera aceptó que pagara su billete en el minibús. Sin duda, no era el clásico funcionario egipcio que se pasa el día pidiendo *bakshish* (propina).

De regreso al hotel, conocí a otro extranjero alojado allí, un holandés. Tampoco a él le permitían deambular sin protección. El problema era que sólo había un agente para los dos. Como consecuencia, mientras uno estaba fuera, el otro no podía salir, salvo que fuéramos juntos. Ni siquiera se nos permitía ir solos al cybercafé de la esquina o a tomar un refresco. Sospecho que a Al Fayum no suelen llegar demasiados turistas.

Aquella tarde, la pasé tumbado en mi habitación. Las visitas guiadas nunca me han interesado, y aún menos si el guía lleva uniforme y pistola al cinto. Hay viajeros a quienes les gusta que los escolten; se sienten más protegidos. Yo sólo me sentía controlado y mucho más in-

seguro, pues si al principio podía pasar por egipcio, la presencia del policía me identificaba como europeo. Me preguntaba, además, qué podría hacer el buen hombre ante el ataque de un comando terrorista.

### TRANSPORTE MASIFICADO

Por la mañana, decidí salir temprano hacia Beni Suef. El agente me acompañó a la estación de autobuses, pero no había plazas libres. Entonces, me llevó al lugar de donde salen los minibuses. Una multitud esperaba.

Cada vez que aparecía un vehículo, una turba de aspirantes a pasajeros se arremolinaban ante la puerta. Los que empujaban con más fuerza, entraban, mientras que los otros nos resignábamos a continuar en la acera. Aquello sí era peligroso.

Desde luego, yo no estaba dispuesto a luchar por una plaza, pero tampoco existía la opción de permanecer en Al Fayum hasta que bajase la demanda de transporte: mi ángel de la guarda tenía que regresar con el holandés y no me podía dejar solo.

Consciente de mi incapacidad, el agente decidió lanzarse él mismo sobre el quinto minibús que llegó, hasta entrar el primero. Y no porque los demás respetaran su uniforme, sino porque debía de estar bien entrenado para la lucha cuerpo a cuerpo.

Una vez al fondo del vehículo, me abrió una ventanilla por la que penetré como pude. Luego, me cedió el sitio. Al final, tuve que reconocer la utilidad de un buen guardaespaldas.

ROGER MIÑO